



Reseñas & relatos

de la comuna de Río Verde





Investigación y redacción de textos:
Cristián Morales Contreras

Fotografías:
I. Municipalidad de Río Verde
Cristián Morales C.

Diseño, diagramación:
Jorge Canicura Montiel



LAS HUELLAS IMBORRABLES DE RÍO VERDE

Esta crónica es un ejercicio narrativo y, al mismo tiempo, un gesto de memoria que rescata las voces, huellas y afectos de quienes dan forma a la comuna de Río Verde. Cada testimonio, cada vestigio arqueológico en Ponsonby, cada estancia que resiste al paso del tiempo, revela un territorio forjado a pulso, entre el rigor del viento y la obstinación humana.

Las historias reunidas en estas páginas son solo una muestra de las muchas que laten en este lugar. Habría que escribir varios libros para hacer justicia a la vida de estancieros, ovejeros, campañaístas, mujeres y autoridades que, con su trabajo y su temple, sostienen día a día la existencia en este rincón del sur.

La memoria no habita solo en las personas. Vive también en los paisajes que cambian con las estaciones, en las construcciones que aún resisten, en los corrales, galpones y senderos que trazan la forma de habitar el territorio. Ese conjunto —material, cultural y natural— conforma el patrimonio vivo de Río Verde, una herencia que se expresa en la arquitectura, los oficios, los valores y en la hospitalidad que distingue a su gente.

Este pequeño libro es, en esencia, un recordatorio vivo de que el presente y el futuro de Río Verde se construyen cada día sobre la trama invisible de los esfuerzos compartidos, sobre los lazos humanos que desafían el aislamiento y vencen al tiempo. Porque esta tierra no solo se habita —se siente, se respira y se ama con la misma intensidad con que el viento moldea su paisaje.

Tatiana Vásquez
Alcaldesa de Río Verde

MEMORIAS DE LA RURALIDAD VIVA

Reseñas y Relatos de Río Verde, reúne historias y memorias de vecinos y vecinas que dan forma a la identidad de esta comuna. Este libro fue producto de visitas a la Posta como punto de encuentro comunal, entrevistas y reseñas bibliográficas. El objetivo principal de este registro es rememorar los hitos más significativos que han consolidado a la comuna y como se entrelazan con las experiencias de vida de sus habitantes.

Cómo Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, mediante sus Programas Fortalecimiento a la Identidad Cultural Regional y Red Cultura, se facilitaron estos espacios de registro y puesta en valor del patrimonio cultural de la comuna, enmarcados en sus iniciativas de itinerancia regional y línea de sostenibilidad del Plan Municipal de Cultura, todas acciones que buscan promover la democratización de la vida cultural. Esta experiencia, busca contribuir al registro de la vida rural y a visibilizar los modos de vida de los territorios más remotos de Magallanes. Creemos firmemente en que estas iniciativas contribuyen a fortalecer el tejido social e instalar procesos más participativos en las comunidades rurales.

Agradecemos a cada participante de Río Verde por su confianza al compartir sus desafíos, anhelos, sueños y vivencias y agradecemos también al municipio de Río Verde por su compromiso con la cultura, las artes y el patrimonio. Te invitamos a ser parte de los relatos de la ruralidad de esta hermosa comuna a través de las páginas de este registro.

Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Región de Magallanes y de la Antártica Chilena
Noviembre de 2025.

RÍO VERDE

DONDE LA TIERRA LATE EN LA MEMORIA DE LA PATAGONIA



La Municipalidad funciona hoy en el sector donde se encontraba la antigua Hostería Río Verde, ubicada frente al cruce hacia Isla Riesco. En 2003, un incendio destruyó las dependencias municipales y valiosos registros, obligando a trasladar las oficinas, pero la comuna se levantó con la misma fuerza que caracteriza a su gente. Desde este lugar —símbolo de encuentro, memoria y perseverancia— Río Verde sigue proyectando su identidad y su futuro



Fundada a fines del siglo XIX, la Estancia Río Verde fue una de las cunas de la ganadería patagónica y un símbolo del esfuerzo pionero en Magallanes. Al igual que otras estancias vinculadas a José Montes Pello —como Ponsonby, Segundo Salto, Las Coles o María— forma parte de la huella que dejó la Sociedad Ganadera Río Verde y del desarrollo de la actividad ovina en la zona.

En el confín del mundo, en la región de Magallanes, donde el viento parece tener memoria propia, un puñado de hombres y mujeres soñó con una tierra prometida. Llegaron desde Europa, Argentina, Chiloé y otras latitudes, atraídos por historias de oro, aventuras y políticas migratorias que ofrecían horizontes nuevos. Con el tiempo, hacia lo que hoy es la comuna de Río Verde, se fueron asentando colonos franceses, alemanes, suizos, escoceses y españoles —en especial muchos asturianos—, cuya huella quedó en las faenas y en las primeras rutas abiertas sobre la pampa. Ante ellos se desplegaba un territorio indomable: glaciares milenarios, turbales que absorbían el paso, bosques que susurraban secretos antiguos y quebradas que desafiaban la osadía.

A noventa y cinco kilómetros al noreste de Punta Arenas, Río Verde custodia su pasado como un fiel espejo del tiempo. Su nombre nació de la abundancia de pastos verdes y generosos que prometían alimento, refugio y esperanza a quienes se aventuraban en sus tierras. En sus orígenes, este lugar era un horizonte indómito; los caminos no existían, sino apenas huellas que se abrían con el paso lento de caballos y carretas sobre la inmensidad de la estepa. La soledad era una compañera constante.

En 1876, con la introducción de ovejas desde las Islas Malvinas, el destino de Río Verde quedaría sellado para siempre. La colonización ovina y la explotación carbonífera brotaron casi al mismo tiempo. Vital Díaz, con unos pocos vacunos y un decreto de ocupación, plantó bandera en Palomares en 1874. Poco después, el alemán Julius Haase encendió el sueño del carbón con la Mina Marta, a orillas del mar de Skyring.

Pero el viento, ese soberano inquebrantable de la Patagonia, torció los primeros proyectos industriales e hizo encallar al vapor Santos y luego a la nave Los Amigos, cuyos restos aún yacen como testigos mudos de una empresa que naufragó. Aquellos intentos se apagaron, aunque el carbón tendría un nuevo capítulo al otro lado del Skyring,



La carreta, una valiosa herramienta para el trabajo.



Vista de la Municipalidad y de fondo el mar de Skyring.



Una de las estancias de Isla Riesco, ubicada en el mar de Otway.

RÍO VERDE

en isla Riesco. Allí surgió Mina Elena, que llegó a ser el mayor pueblo minero de la historia del carbón en la zona: campamentos de madera alineados frente al viento; chiflones y piques que horadaban la ladera; un muelle para embarcar el mineral; carros de fierro y winches; pulpería, enfermería, escuela, y biblioteca que ordenaban la vida cotidiana al ritmo de la sirena. Desde comienzos del siglo XX y hasta 1945, la administración minera estuvo ligada a familias pioneras: José Montes Pello figura entre los empresarios que articularon capital, trabajo y logística, y su nieto Arturo Solo de Zaldívar estuvo a cargo de la Mina Elena hasta ese año, dando continuidad a una experiencia que moldeó la sociabilidad obrera de la isla.

En paralelo, el mundo estanciero terminó por definir el paisaje humano y económico. Con trabajo incansable —y una organización cada vez más compleja— los estancieros consolidaron un modelo productivo que aún perdura, en base a grandes unidades que combinan la cría ovina y bovina, la rotación de potreros y aguadas, la esquila estacional con cuadrillas y comparsas, la mejora genética y sanitaria, y una logística que conecta galpones de esquila, majadas y embarcaderos con los mercados de lana, cuero y carne. Al principio la Sociedad Ganadera Río Verde y otros emprendimientos articularon esta red, apoyándose en administradores, puesteros, cocineras, maestros y obreros que hicieron posible la vida rural.

Gracias a ese esfuerzo, la estepa se transformó en refugio y proyecto de vida. La huella de ese trabajo se reconoce hoy en las más de cincuenta estancias que puntean el vasto territorio de la comuna de Río Verde y sostienen su economía, con empleo, circulación de bienes y un modo de habitar la Patagonia transmitido por generaciones. Entre ellas, se alzan historias emblemáticas como la Estancia Río Verde, corazón de la actividad ganadera desde 1908; Entrevientos, de la familia francesa Roux, que conserva arquitectura original de 1884 y hoy pertenece al Ejército; o Invierno, fundada por los hermanos Fernández en la década de 1930, cuyos muros guardan el eco de

En lo alto de una loma castigada por el viento descansa Thomas Saunders. Su tumba, discreta y casi inadvertida para quienes transitan, guarda la memoria de un hombre que marcó el destino ganadero y dejó una huella indeleble en la historia de la pampa. Si bien no se encuentra dentro de los límites actuales de la comuna — a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta —, quienes se dirigen hacia Río Verde pasan inevitablemente por este lugar. Desde su altura, se abren ante la vista los vastos dominios del territorio que ayudó a forjar.



una vida austera iluminada por lámparas de parafina y comunicada con el exterior mediante teléfono de código Morse. Cada estancia fue —y muchas siguen siendo— un microcosmos de disciplina y autonomía, donde el galpón de esquila late como corazón, la casa del administrador domina la vista y las viviendas de los trabajadores dialogan con un paisaje de belleza abrumadora. La epopeya de estos pioneros está grabada en la tierra.

FAUNA Y PAISAJES QUE CONMUEVEN

Río Verde es un lugar donde la creación ensayó la belleza: cóndores majestuosos, zorros curiosos y el azul del martín pescador conviven con ovejas y vacunos en una estepa que conmueve, revelando la tierra como si fuera la primera vez.



El cóndor andino (*Vultur gryphus*), ave emblemática de la cordillera y los cielos australes.



Zorro culpeo o colorado (*Lycalopex culpaeus*).



Martín pescador grande (*Megaceryle torquata*)



PRÁCTICA Y CULTURA

Las tradiciones de Río Verde reflejan la vida patagónica: fe, trabajo y coraje. La peregrinación, la esquila y las jineteadas son patrimonio vivo que une a la comunidad y proyecta su identidad.



ESQUILA Y PATRIMONIO

La esquila es mucho más que un oficio: es patrimonio cultural que mantiene vivo el pulso de la ganadería patagónica. Durante el verano, estancias y galpones se transforman en escenarios donde hombres y mujeres despliegan destreza, coordinación y resistencia frente a cientos de ovejas.

La esquila asegura el ciclo productivo de la lana, que históricamente ha dado sustento a la comuna, y es también una instancia de encuentro comunitario, transmisión de saberes y continuidad de una tradición que ha marcado la identidad rural de la región.



CORAJE Y TRADICIÓN EN LA ARENA

En Río Verde, las jineteadas quedan en la memoria como el rito que anuncia la primavera. Desde hace algunos años, con la Fiesta Típica Costumbrista —de la que hay registros al menos desde 2016— vuelve una y otra vez la misma estampa y el recuerdo de la media luna llena de jinetes que llegan desde estancias de Río Verde, Isla Riesco, Natales, Tierra del Fuego y del lado argentino. Son montas breves e intensas, el caballo que se encrespa, el jinete que parece volar y el público que contiene el aliento mientras un payador hilvana en versos la vieja historia de la doma patagónica. Más que una competencia, muchos la evocan como el gran punto de encuentro, con trabajadores que se dan un respiro, familias alrededor del asado, niños pegados a la reja y mayores que se reconocen en cada prueba, en un septiembre que sigue sonando a jineteadas y campo magallánico.



PEREGRINACIÓN A LA VIRGEN

Cada segundo domingo de enero, la comuna de Río Verde vuelve a caminar hacia la gruta de la Virgen de Montserrat, escondida bajo una cascada que desemboca en el mar de Skyring, frente a Isla Riesco. Desde temprano, familias y peregrinos salen de Punta Arenas y de distintos puntos de la región, recorren cerca de cien kilómetros de estepa y viento hasta llegar a ese pequeño santuario levantado en plena pampa. Allí se celebran las misas, se reza el rosario, se bendice el agua y los objetos, pero sobre todo se renuevan promesas, agradecimientos y encuentros que ya llevan varias décadas tejiendo una de las historias de fe más australes de América Latina. La Virgen de Montserrat, traída desde Cataluña en los años setenta, quedó así ligada a la memoria de Río Verde y a una religiosidad popular que combina viaje, paisaje y comunidad en un mismo gesto.



ISLA RIESCO

Humanidad y naturaleza



Naturaleza, pioneros y carbón.
Todas huellas que forjaron
la identidad histórica de Isla
Riesco, un territorio donde
la grandeza del paisaje se
entrelaza con la memoria de
estancias y campamentos
mineros que marcaron la vida
de la ínsula.

En el corazón de esta epopeya austral se levanta Isla Riesco, la cuarta más grande de Chile, un territorio donde la naturaleza se revela con una fuerza primitiva y desbordante. Su paisaje es una paradoja sublime: bosques milenarios de coigües y lengas se alternan con alfombras de turba impenetrable; cordilleras abruptas se precipitan sobre fiordos insondables; y en el canal Gajardo, glaciares y ventisqueros se yerguen como guardianes de hielo. Los cielos no se quedan atrás: entre noches estrelladas de hondura abismal y auroras australes que tiñen la bóveda con abanicos de fuego, el espectáculo es permanente.

La huella humana en este territorio se remonta a unos ocho mil años, cuando los primeros cazadores-recolectores dejaron rastros de su paso en Ponsomby. Muchos siglos después, en 1558, el navegante español Juan Ladrillero exploró la boca oriental del Estrecho y se internó en el mar de Skyring. Ya en el siglo XIX, la cartografía moderna llegó de la mano de marinos ingleses que, entre 1823 y 1830, bautizaron erróneamente la actual Isla Riesco como Tierra del Rey Guillermo IV, convencidos de que formaba parte del continente. Recién en 1904 la Armada de Chile, al mando del comandante Fajardo, detectó el estrecho canal que la separa del territorio continental y, en honor al presidente de la República de la época, la isla pasó a llamarse Riesco.

Entre los pioneros modernos destacó el francés Jorge Meric, primer hombre en internarse en estas soledades con intención colonizadora. Llegó a Punta Arenas en 1873 y, cansado de la vida en la colonia penal, avanzó hacia el norte hasta Río Verde, donde los vecinos lo llamaban con afecto Messie Meric. Inició allí la explotación carbonífera en Isla Riesco, antes de establecerse en el continente, en una imponente casa de tres pisos con sótano, un lujo insólito para la época, cuyas ruinas aún se distinguen desde la ruta Y-50 frente al mar de Otway. En 1922 vendió sus propiedades y, con una fortuna cercana a 200 mil libras esterlinas, regresó a Francia. Desde entonces se perdió su rastro: algunos aseguran que murió en la indigencia en París, aunque nada es certero.

A la estela de estos pioneros se suma la figura de Arturo Solo de Zaldívar, ingeniero hidráulico y civil formado en Inglaterra, gerente de Mina Elena y verdadero visionario de su tiempo. Aprovechando la fuerza de los ríos, construyó varias centrales hidroeléctricas —la más conocida esta en el Parque Nacional Torres del Paine— y convirtió a Mina Elena en el primer poblado en contar con luz eléctrica. Fue también aviador y sobrevoló la isla, incluso junto a Franco Bianco, en tiempos en que volar estos cielos era una aventura al límite. Su historia y su ingenio dan para un libro entero.

El tiempo transformó la economía y redujo la escala de muchas estancias, pero la esencia pionera se mantiene. Río Verde e Isla Riesco no son solo puntos en un mapa: son un estado de espíritu, un



El francés Jorge Meric fue quien inició la explotación carbonífera en Isla Riesco. De su paso aún quedan las ruinas de la imponente casa que levantó en el continente, frente al mar de Otway, testigo silencioso de aquella primera aventura minera.

poema de piedra, viento y memoria donde tradición y heroicidad se entrelazan en un abrazo indómito con la tierra. Quien llega hasta aquí no es un simple visitante: camina sobre las huellas de los antiguos y de innovadores como Arturo Solo de Zaldívar, con la certeza de que, en medio de esta soledad, aún late el porvenir de una epopeya inconclusa.

Fotografía de 1943 que muestra el tradicional juego de "El descabezamiento del gallo" en Mina Elena. Los domingos los mineros descansaban de la faena y el pueblo se llenaba de actividades comunitarias, especialmente durante las Fiestas Patrias, fecha en que fue tomada esta imagen.



LOS MINEROS DE ISLA RIESCO

En Isla Riesco, los mineros del carbón escribieron con sudor y fuego una epopeya colectiva. En Mina Elena llegaron a vivir cerca de dos mil personas, en un campamento vibrante que, en los años cuarenta, exportaba carbón hacia Buenos Aires y Montevideo, llevando en cada embarque la fuerza telúrica del mineral negro arrancado de las entrañas de la isla. Había escuela, sindicato e incluso

una pequeña ganadería que abastecía de carne a los mineros y sus familias.

La vida era áspera, pero los fines de semana el poblado se transformaba. Los mineros, vestidos con esmero, buscaban en la fiesta un respiro frente a la fatiga. Las fotografías de la época immortalizan tradiciones como “el descabezamiento del gallo”, un juego que reunía a la comunidad entre risas, apuestas y destrezas. Muy cerca de allí, también en las aguas del mar de Skyring, funcionó la Mina Josefina, otro asentamiento carbonífero que compartió la misma suerte: la gloria del esfuerzo humano y el posterior silencio de sus ruinas.

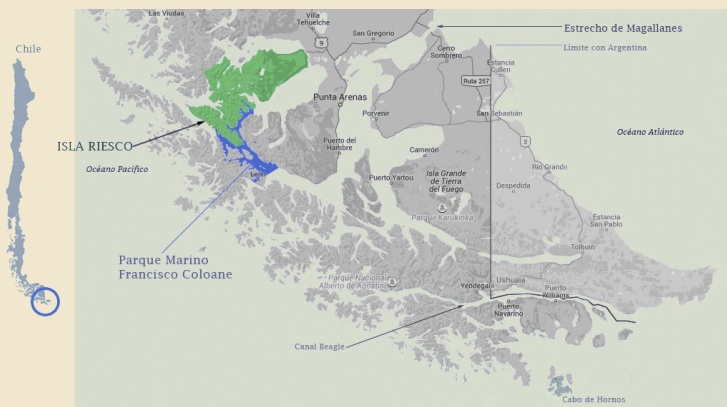
El declive comenzó tras la Segunda Guerra Mundial, muy lejos ya del auge de 1943. Pero no fue hasta el 1 de febrero de 1960 cuando la prensa local anunció el remate de todas las pertenencias de Mina Elena. Aquel pequeño aviso, perdido entre otros anuncios, puso fin a un ciclo exitoso de extracción carbonífera en la isla: casas, materiales, maquinarias y herramientas quedaron a disposición del mejor postor, y las ofertas se recibieron en Plaza Muñoz Gamero 731, oficinas de la compañía carbonífera Elena de Río Verde.

Luego vino el desmantelamiento: el material se dispersó por estancias de la zona e incluso llegó a Punta Arenas. Algunas casas fueron trasladadas íntegramente al Regimiento Cochrane; otras encontraron nueva vida en los barrios 18 de Septiembre y Prat. La mayor parte de la maquinaria terminó repartida entre distintas estancias. Lo más significativo fue a parar a la Estancia Fitz Roy. En 1980, Segundino Fernández adquirió esa estancia a Ove Gude (hijo y homónimo del descubridor de Mina Elena) y, con la compra, heredó también vestigios de aquel pasado minero. Hoy cuesta imaginar que en ese rincón inhóspito vivieron y soñaron tantas personas, construyendo patria a la intemperie. De ese mundo apenas quedan unas calderas oxidadas y los palos del antiguo muelle: testigos mudos de una comunidad desaparecida y de un capítulo de Isla Riesco escrito en carbón, esperanza y memoria.



La imagen de la izquierda muestra el antiguo poblado de Mina Elena; la de la derecha, el mismo lugar en la actualidad. Hoy solo quedan unas calderas y restos de pilotes del muelle como testigos de aquel fulgurante campamento.

En 1960 se remataron los últimos vestigios y varias casas fueron desarmadas y repartidas entre distintas estancias de la región; algunas de sus partes incluso llegaron a Punta Arenas. Hoy, gran parte de la maquinaria está en el museo de la Estancia Fitz Roy.



En este mapa, Isla Riesco aparece resaltada en verde. Se trata de la cuarta isla más grande de Chile, ubicada frente a Punta Arenas y separada del continente por el canal Fitz Roy y el canal Gajardo. Su relieve combina cordilleras, turberas, bosques y fiordos, configurando un territorio de gran valor natural e histórico.



RÍO VERDE HOY

Un lugar donde la posta rural y los programas municipales acercan salud, capacitación y memoria, fortaleciendo los lazos de una comunidad viva.

Hoy, la Municipalidad de Río Verde impulsa un abanico de actividades y cursos dirigidos a trabajadores de estancias, vecinos, ganaderos y a la comunidad en general, con especial énfasis en el fomento de los emprendimientos liderados por mujeres, a quienes entrega nuevas herramientas para fortalecer e impulsar sus proyectos. Desde talleres de maquillaje orientados a la autoestima hasta capacitaciones en instalación de cercos eléctricos, manejo de animales y actividades campestres y ecuestres, la oferta es amplia, diversa y en permanente crecimiento, reflejo del dinamismo de una comunidad que se mantiene viva y en movimiento.

En paralelo, Río Verde avanza hacia una nueva etapa de desarrollo, donde la tradición ganadera convive en equilibrio con actividades emergentes como el turismo rural, la salmonicultura y la pesca artesanal. Estos sectores, impulsados con una mirada sustentable, fortalecen la economía local y abren caminos de diversificación productiva que permiten proyectar el futuro sin perder la esencia del territorio.

Uno de los espacios de encuentro más significativos es la posta rural, ubicada en el corazón de la comuna. Allí confluyen habitantes de todos los rincones, incluidos antiguos trabajadores que, ya jubilados, regresan atraídos por la cercanía y la calidez de una atención que reconocen como propia.



Acto público en que se presenta la primera retroescavadora municipal.

La posta no solo brinda atención de urgencia: cada sábado se convierte en un verdadero centro de salud integral. Ese día, la comunidad accede a rondas de especialistas que van desde médicos generales hasta dentistas, nutricionistas, oftalmólogos y kinesiólogos, además de peluqueras, acercando al mundo rural servicios que en la ciudad se dan por sentados.

Fue precisamente en este espacio donde el payador Jonathan Hernández, al inicio de este libro, acompañó con sus versos las memorias de los pobladores, provocando que afloraran recuerdos y anécdotas. Así, aquellas jornadas de sábado, entre la palabra y la música, transformaron la posta en algo más que un recinto de salud: un lugar donde también se cuida la memoria y se alimenta el alma colectiva.



Uno de los tantos talleres que organiza el municipio local. Esta vez, de maquillaje.



Concurso de empanadas realizado en el mes de septiembre. El fuerte viento no impidió disfrutar de la jornada patria.



Taller de cerco eléctrico realizado hace algunos años en la comuna.



La imagen corresponde a un operativo de vacunación y cuidado de perros ovejeros.



Son varias las iniciativas desplegadas por el municipio local. La imagen corresponde a una que tenía como objetivo fortalecer la confianza de las mujeres del sector.

HISTORIAS, PERSONAJES Y SUEÑOS

En las voces de los habitantes de Río Verde se despliega un mosaico de memorias y afectos. Cada relato es una ventana abierta a la vida en estas tierras australes: la infancia entre estancias y caballos, la dureza de los inviernos, el compañerismo en las faenas, las fiestas que reunían a la comunidad y los sueños que todavía laten en quienes eligieron quedarse. Son historias mínimas que, al entrelazarse, revelan una trama mayor.

Recorrer las estancias de la comuna es, justamente, caminar por esas páginas vivas. Hoy son más de cincuenta las que dibujan el territorio, desde las orillas del Skyring y el Otway hasta los campos de Isla Riesco. En ellas se guarda una parte decisiva de la historia ganadera de Río Verde y la memoria de los estancieros y sus familias, que con su trabajo levantaron y siguen mejorando la comuna. Aunque sus nombres y biografías no aparecen desarrollados en este libro, es un gesto de justicia al menos aclararlo y reconocer que su huella está en cada relato.

Este volumen recoge apenas una pequeña porción de ese universo: fragmentos de una historia mucho más grande, que todavía espera ser contada con más detalle. Queda así abierta la puerta para otros libros, donde las estancias y los estancieros de Río Verde tengan también su propio espacio, sus propias páginas, y sigan escribiendo, generación tras generación, la epopeya silenciosa de este confín austral.



EL HOMBRE QUE NUNCA SE FUE...

La vida de Miguel Canales y
su destino ligado a Río Verde

Miguel Roberto Canales Cortés tiene 70 años, pero su voz y sus recuerdos conservan la frescura de quien nunca dejó de sentirse joven. Río Verde lo atrapó desde el primer día, y hasta hoy se reconoce como un poblador más, unido a este territorio por un imán invisible que ni el tiempo ni los cambios han logrado debilitar.

Todo comenzó en la hostería, el corazón de la comuna en aquellos años. Era un lugar de paso para viajeros y un refugio campestre para

Llegó en 1975 y nunca más se fue. Entre la hostería, el colegio y la municipalidad, Miguel Canales fue tejiendo su existencia al ritmo del campo, la comunidad y los vientos australes. Hoy, a sus 70 años, asegura que la fuerza invisible de Río Verde sigue marcando su destino. Y siempre vuelve.

los vecinos, donde el viento del sur jugaba entre los jardines y el aroma a tierra húmeda se mezclaba con la hospitalidad. “Trabajé con Nicolás Drpic y la señora Violeta Ivelic. Era un lugar muy acogedor, al que llegaban muchas personas”, recuerda. Miguel ordeñaba, atendía huéspedes y participaba de la vida cotidiana de la hostería, donde cada tarea parecía entrelazarse con el pulso del paisaje.

En esa época, Río Verde era un mundo distinto. Los caminos eran arduos y llegar desde Punta Arenas podía tomar hasta cuatro horas en vehículos de doble tracción. Pero la dureza era también parte del encanto: los ríos, cerros y estancias parecían reclamar la presencia de quienes estaban dispuestos a habitarlo de verdad. Miguel decidió quedarse, y con él quedó una parte de ese tiempo, de esa hostería, de la vida que solo aquí se vive.

En 1987, cuando Violeta Ivelic asumió como alcaldesa, lo invitó a trabajar en el colegio con internado. Miguel en la cocina, su señora en el aseo. Eran días sencillos, marcados por la convivencia con los jóvenes y la tranquilidad de las rutinas. Más tarde, la Municipalidad lo acogió como chofer y auxiliar. Desde allí recorrió caminos, visitó estancias, conversó con familias y vecinos, regresando siempre con la certeza de que Río Verde no se abandona, porque el paisaje y sus habitantes están irremediamente unidos.

“El trato con los alcaldes y alcaldesas siempre fue bueno. Todos conocían a la gente y se preocupaban de verdad”, dice Miguel. Con el tiempo, la población disminuyó, algunas estancias cambiaron de rostro y los niños de entonces crecieron para convertirse en profesionales que recorren otros mundos. Pero el imán del valle sigue intacto.

Los hijos de Miguel son testigos de esa perseverancia: uno arquitecto, otra abogada. Para él, son la prueba de que la vida aquí, aunque

exigente, también puede ser fértil y generosa.

La hostería —hoy convertida en oficinas municipales— aún conserva la memoria de lo que fue. Su arquitectura, los espacios abiertos, el aire campestre que se filtra por cada rincón, despiertan en Miguel la sensación de que el tiempo apenas ha pasado. “Hacíamos nuestro propio queso y mantequilla; todo era más artesanal. Hoy cambió todo, pero los buenos momentos y la sensación de trabajar en comunidad siempre quedan”, dice, mientras su mirada se pierde hacia el canal Fitz Roy.

En Río Verde, el paisaje no es un telón de fondo, sino un personaje vivo. Miguel Canales es parte inseparable de él. Y quien ha habitado este rincón del mundo sabe que no se puede recorrer sin llevarse algo de su esencia grabada para siempre en la memoria y en el corazón.



ENTRE EL SILENCIO Y LA URGENCIA

Una vida cuidando a los demás

La posta rural fue el centro de la vida profesional de Germán Saldivia, paramédico de vocación y actual concejal de Río Verde. Durante 44 años fue el primer rostro que acudía cuando la soledad patagónica se transformaba en urgencia.

Partos, quemaduras, fracturas, descompensaciones arteriales: la lista de atenciones es tan amplia como las distancias que recorrió. Llegó con apenas 25 años, acompañado de su esposa, Manuela Pérez, entonces de 17, y desde entonces echó raíces en la comuna.

“Al principio estábamos aislados. Yo recorría los campos en bicicleta para visitar a los puesteros; era durísimo: distancias enormes, lluvia, nieve, viento. Después tuve un caballo, más tarde una moto, y ambulancia 4x4 que nos permitía llegar a todos los sectores”, recuerda.

Aunque Río Verde se encuentra a poco más de 100 kilómetros de Punta Arenas, hace cuatro décadas esa distancia era otra, multiplicada por la falta de caminos y las huellas que apenas unían las estancias.

“Acá está parte de mi vida, aquí nacieron mis hijos. Me siento emocionado y hasta los últimos días voy a seguir trabajando con la misma vocación de los primeros años por los esforzados habitantes de la zona”, asegura.

Entre tormentas, soledades y distancias infinitas, Germán Saldivia hizo de la posta rural su trinchera de vida. Durante más de cuatro décadas fue la voz y el rostro que acompañó a la comunidad, con la misma vocación que hoy lo mantiene al servicio de sus vecinos.

Hoy, desde el concejo municipal, Germán mantiene ese mismo vínculo con la comunidad. Su historia es también la de la comuna: una vida entregada al cuidado de los demás, en un territorio donde la naturaleza es dura, pero la solidaridad aún más fuerte.



CUANDO LA INFANCIA FUE CAMPO

Viento y comunidad

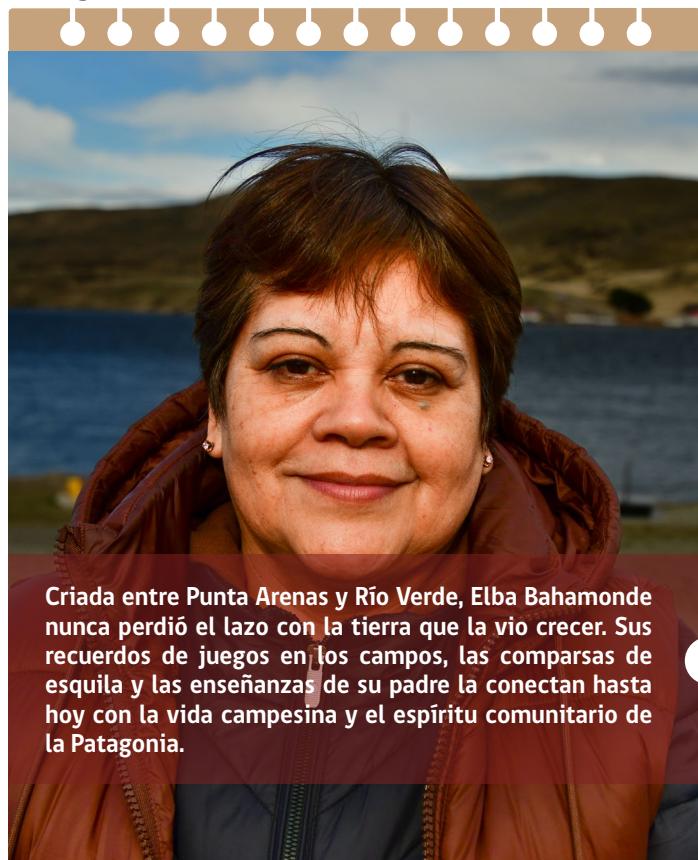
Elba Bahamonde Huala creció con un pie en la ciudad y el corazón en el campo. Aunque pasó parte de su infancia en Punta Arenas, por las exigencias de la escuela, siempre regresaba a Río Verde en cada verano y cada invierno, como quien vuelve a un refugio. Allí encontraba los sonidos, los aromas y la libertad de la vida campesina que la acompañan hasta hoy.

Guarda en la memoria la primera vez que la dejaron en el internado. “Nos vinieron a dejar y mis hermanos y yo nos agarramos de la pierna de mi mamá, no queríamos quedarnos. Entonces mi papá decidió comprarnos una casa en Punta Arenas para estudiar, pero nosotros volvíamos a Río Verde todo el verano y el invierno”, recuerda. Esa decisión marcó para siempre la vida familiar: la educación en la ciudad y la raíz en el campo.

Sus padres trabajaban en la Estancia de Ove Gude (hoy Chilénita), dedicados a las faenas diarias de la ganadería. Su madre, incansable, continuó en esas labores hasta sus últimos años, dejando en la memoria de la comunidad un ejemplo de fuerza y entrega.

La infancia de Elba estuvo hecha de tradiciones, de aire libre y de aprendizajes que venían del esfuerzo compartido. Lo que más esperaba era el tiempo de la esquila, cuando las comparsas recorrían los campos y los niños jugaban a la pelota hasta que caía la tarde. También recuerda la emoción de acompañar a su padre en el ordeño, siguiéndolo en cada tarea, aprendiendo con paciencia y admiración de su trabajo diario. “Andar con él me encantaba. Aprendí todo de la vida del campo a su lado”, dice con una sonrisa cargada de nostalgia.

Hoy, cada memoria de Elba se entrelaza con la historia de Río Verde: la vida de una comunidad que se forja en el viento, que resiste en la soledad y que guarda, entre la esquila y el ordeño, el pulso intacto de la Patagonia.



Criada entre Punta Arenas y Río Verde, Elba Bahamonde nunca perdió el lazo con la tierra que la vio crecer. Sus recuerdos de juegos en los campos, las comparsas de esquila y las enseñanzas de su padre la conectan hasta hoy con la vida campesina y el espíritu comunitario de la Patagonia.

GUARDIÁN DE SILENCIOS Y REBAÑOS

En Isla Riesco aún sopla una vida que parece detenida en el tiempo. Allí, un campañista sigue recorriendo quebradas y pastizales, cuidando a los animales como lo hicieron sus padres y abuelos. No es el último, pero sí uno de los pocos guardianes de un oficio que se aferra a la vastedad patagónica.

“De chico me crié entre animales y pasto duro. El campo me enseñó a no rendirme, aunque el frío apriete”, recuerda. Hoy, con sus perros como únicos compañeros y el viento como música constante, enfrenta la soledad con serenidad. “Aquí uno tiene que hacerse amigo del silencio, porque no siempre hay con quién hablar... pero los perros entienden más de lo que uno cree”, dice con una sonrisa cansada.

El paisaje es exigente pero también refugio: la turba húmeda, las montañas distantes y los cielos cambiantes se vuelven compañía. Cada sábado cruza en barcaza el canal Fitz Roy para llegar a la posta municipal, donde la comunidad se reencuentra por unas horas y se aliviana la soledad.

Aunque vive rodeado de silencio, nunca está del todo solo. Piensa en sus hijas y nietos, cuya risa llena de vida el campo cuando lo visitan. En los rincones con señal de celular logra escuchar sus voces: un abrigo contra el viento implacable.

Su oficio, marcado por la paciencia y el cuidado, es testimonio de una forma de habitar la Patagonia que resiste frente a la modernidad. “Mientras pueda caminar y el cuerpo aguante, yo sigo. Así vivieron mis viejos, y así me enseñaron”, asegura con calma.

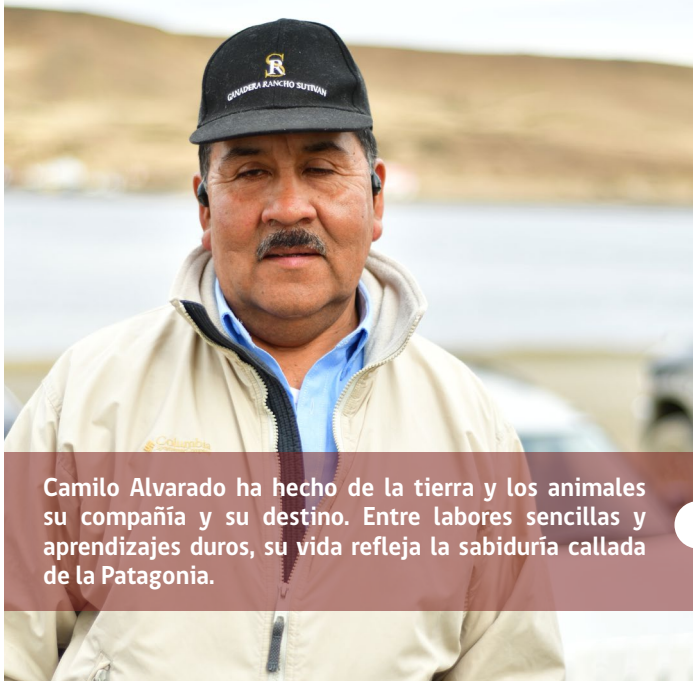
En Isla Riesco, entre los ecos del viento y la compañía fiel de sus perros, un campañista custodia no solo a sus animales, sino también una tradición y una manera de vivir que aún late en el confín del mundo.



En la soledad ventosa de la isla, un campañista mantiene vivo un oficio antiguo: cuidar animales y tradiciones que resisten al paso del tiempo en la Patagonia.

DONDE LA PACIENCIA SE HACE VIDA

Camilo del Carmen Alvarado Llaitureo, de 66 años, recorre los potreros de Isla Riesco con la calma de quien conoce cada rincón. Su rutina se reparte entre ovejas, vacas y los ocho perros que lo acompañan como una familia fiel.



Camilo Alvarado ha hecho de la tierra y los animales su compañía y su destino. Entre labores sencillas y aprendizajes duros, su vida refleja la sabiduría callada de la Patagonia.

Llegó buscando trabajo y fue aprendiendo de patrones y estancieros la paciencia del campo y la resistencia al clima. "Aquí uno gana su plata y tiene la comida asegurada, pero todo lo demás depende del trabajo diario", dice mientras recuerda las largas jornadas enfrentando inviernos duros y al zorro que acecha en silencio.

Sus perros son más que aliados: son la compañía en atardeceres que tiñen de colores el cielo y en amaneceres donde comienza una nueva faena. En ese vínculo con los animales y la tierra se condensa la esencia de su vida: esfuerzo y compañía, paciencia y aprendizaje.

No todo fue campo. Vivió tres años en Estados Unidos, sin papeles, donde aprendió disciplina y respeto. "Fue arriesgado, pero aprendí mucho. Allá uno empieza de cero y entiende el valor de cada logro", recuerda. Esa experiencia, distante en geografía pero presente en la memoria, lo marcó para siempre.

Hoy comparte la estancia Florita con tres compañeros. Cocinan a leña, organizan las tareas y mantienen la armonía que exige la vida rural. Soltero y con la familia lejos, Camilo ha aprendido a dialogar con el silencio. Para él, la soledad no es abandono, sino un espacio para pensar y agradecer.

En Isla Riesco, la vida de Camilo no se mide en palabras, sino en gestos: revisar un potrero, cuidar a un animal, encender el fuego. Cada día, en esa escuela silenciosa del campo, se renueva la certeza de que la vida dura también puede ser sabia, generosa y plena.

SURCOS DE TRACTOR, RAÍCES DE VIDA

Las manos de Raúl Cárcamo Provoste llevan la huella de años de trabajo en la intemperie. Con ellas ha conducido tractores por los potreros de la Estancia María Olvido, levantando cercos, preparando caminos y acompañando la vida de campo con la paciencia que exige la tierra austral.

Llegó hace décadas, cuando el paisaje parecía más duro y la comuna aún daba sus primeros pasos. Desde entonces ha visto cómo Río Verde se ha ido transformando: más organizada, con capacitaciones, cursos y actividades que fortalecen a la comunidad. "Uno siempre aprende algo nuevo", dice con entusiasmo, recordando que el progreso también se mide en esos detalles que facilitan la vida cotidiana.

Ese mismo entusiasmo lo llevó, al momento de la entrevista, a participar en un concurso de empanadas organizado por la municipalidad en fiestas patrias. Cocinar en medio del viento patagónico no era fácil, pero él lo asumió con humor. "Es difícil con este viento que no da tregua, pero esa es la realidad de acá", comenta entre risas, como quien sabe que el clima también forma parte de la identidad del lugar.

Raúl no sólo habita la estancia; forma parte de una comunidad. Tiene dos hijas, nacidas en Santiago pero criadas en estas tierras australes, y una nieta que ya reconoce el ritmo calmo y exigente de la isla. "Me gusta estar aquí. Es tranquilo para trabajar, para vivir. Este lugar se siente como propio", afirma con la convicción de quien eligió echar raíces lejos de la ciudad.

Su historia laboral refleja la diversidad de oficios que conviven en la Patagonia. Pasó de las estancias al trabajo en la mina Invierno,

siempre ligado al esfuerzo y a la voluntad de colaborar donde se le necesitara. Hoy, en María Olvido, continúa esa vida sencilla y honesta, entregada al campo y a la gente.

Raúl es parte de esa memoria viva que sostiene la comuna: trabajadores que, entre viento y soledad, han hecho de la Patagonia un hogar. En sus palabras y en su mirada se reconoce la certeza de quien vive con la tierra, y no sólo en ella.



Raúl Cárcamo Provoste ha hecho de la Estancia María Olvido y de la comunidad de Río Verde el centro de su vida. Su historia es la de un trabajador que, entre máquinas, viento y tierra, fue echando raíces en la isla.

50 AÑOS BAJO EL VIENTO DE LA PATAGONIA

El rostro de Emilio Ojeda Bohórquez conserva las marcas de medio siglo bajo la intemperie. Habla con calma, como si cada palabra llevara el peso del viento y del trabajo que moldearon su vida. “Trabajé 53 años en la isla”, dice, y en su voz se mezclan orgullo y nostalgia.

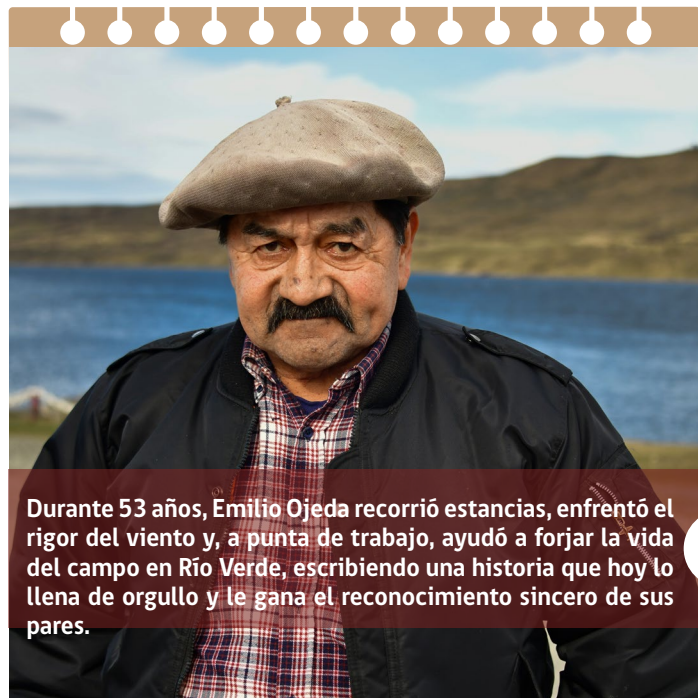
Comenzó en 1970, con apenas 20 años, pasando de estancia en estancia y aprendiendo de patrones y compañeros. Primero como peón, arreglando cercos y alambradas; luego como campañista, encargado del ganado vacuno y de recorrer los campos más extensos. Su memoria recuerda un paisaje distinto: menos monte, más cielo abierto, y viajes a caballo que tomaban todo un día para llegar a Punta Arenas.

La vida en el campo se sostenía en la unión. “Antes había más compañerismo, ahora se ha ido perdiendo”, lamenta. Familias completas trabajaban en las estancias: los hombres en las faenas, las mujeres en la cocina, los hijos aprendiendo desde pequeños. Las jornadas eran largas y las condiciones duras: colchones de lana en cuero de oveja, garrapatas incluidas. Pero en esa dureza había también vínculos y solidaridad.

La organización de los trabajadores comenzaba a abrirse paso. Emilio recuerda los sindicatos incipientes, la “Campesina” y el “26 de Julio”, que permitieron pequeñas conquistas: pasar de un sueldo de 150 mil a 250, logros modestos pero significativos en un lugar donde todo era más difícil.

Hoy, retirado por problemas de salud, vive en una casa pequeña, aunque regresa al campo siempre que puede. Allí se siente libre; en la ciudad, en cambio, se percibe encerrado. Montar a caballo sigue siendo un gusto ocasional, aunque ya no con la fuerza de antes.

“Lo que más extraño es la libertad del campo, el compañerismo de aquellos años”, confiesa. Sus palabras condensan la vida de un hombre que dedicó más de medio siglo a la tierra, y que aún guarda en el corazón el horizonte abierto de la Patagonia.



Durante 53 años, Emilio Ojeda recorrió estancias, enfrentó el rigor del viento y, a punta de trabajo, ayudó a forjar la vida del campo en Río Verde, escribiendo una historia que hoy lo llena de orgullo y le gana el reconocimiento sincero de sus pares.

MAR QUE ENDURECE, CABALLO QUE SOSTIENE

La historia de Juan Estanislao Téllez Maldonado es la de un hombre marcado por el mar, la frontera y el campo. De los años duros de la pesca y el servicio forzado a la vida en las estancias, encontró en los caballos su orgullo y en la intemperie su refugio.



Juan Estanislao Téllez Maldonado tiene 55 años, aunque en los papeles figuren 53. Sus padres lo inscribieron tarde, confundidos entre la llegada de trillizos. Desde joven conoció la dureza del trabajo, siempre adelantado a su tiempo.

Nació en Puerto Montt y partió al sur siendo adolescente, sin documentos y atravesando controles con la astucia de quienes buscan un futuro distinto. Terminó en la caza de lobos marinos, enfrentando hambre y frío en faenas que templaron su carácter. Más tarde la historia lo arrastró. Y durante el conflicto limítrofe entre Chile y Argentina fue detenido en Puerto Natales y obligado a servir tres meses, con la tensión de una guerra a punto de estallar el año 1978.

El mar lo llevó hasta Puerto Toro, el último poblado del mundo, donde zarpó en una lancha sin provisiones ni combustible suficiente. Catorce días a la deriva hasta ser rescatados, para terminar no como pescadores, sino como vigías en la costa frente a los buques argentinos.

Con los años, el campo lo reclamó con más fuerza. Llegó a la estancia Fernández —hoy Santa Rosa—, donde junto a su esposa firmó contrato de “trabajo general de campo”: limpiar, arrear, domar, reparar. De todo un poco. Con el tiempo, su oficio se fue afinando hasta resumirse en una sola palabra que lo define: caballada.

“Los caballos me dan vida”, asegura. Montar, cuidar, arrear: en ellos encontró su orgullo y su refugio. También crió perros, hasta nueve, compañeros fieles de la pampa, aunque tuvo que aprender a vivir con menos.

Hoy trabaja en la estancia Vaquería, cerca de la antigua Mina Elena. Sus hijos y su esposa viven en la ciudad, pero él prefiere quedarse en el campo, en la compañía del viento y de sus animales. “Lo importante

es tener lo esencial: comida, techo... y los caballos. Eso me da vida”, dice con serenidad.

En su figura se condensa la memoria de la Patagonia: hombres que cruzaron fronteras sin papeles, que sobrevivieron al mar y al viento, que hicieron del caballo una prolongación del cuerpo y de la soledad un destino. Porque esta tierra, feroz y abierta, solo se entrega a quienes saben resistirla.

En la vastedad patagónica, donde el viento talla la tierra y la soledad pesa como un manto, los vaquianos se mueven como brújula viva. Sus pasos marcan el rumbo del ganado y del paisaje, y en cada arreada, cada cercado reparado, se escribe la historia silenciosa de la región. Son ellos el motor del desarrollo ganadero, guardianes de la caballada y de la memoria de la pampa. La soledad no los quiebra: la sienten compañera, guía que los enseña a leer el viento, a escuchar el horizonte y a resistir la intemperie. En sus manos y en sus riendas late la Patagonia misma, firme, abierta y desafiante.

NOMBRES QUE RÍO VERDE NO OLVIDA

En la memoria de Río Verde e Isla Riesco, las historias de Ángel, Dinah, Miguelina y el “Chano” se entrelazan como partes de una misma familia extendida que ayudó a levantar el territorio, cada uno desde su propio oficio y carácter.

Ángel llegó desde Maullín en los años sesenta y se hizo puestero en la estancia Rocallosa, junto al mar de Skyring. Hombre menudo, de bigote cano y sonrisa tímida, cabalgó hasta avanzada edad y llevó siempre con orgullo sus recuerdos de trabajo: la gran arriada de 1967, los inviernos duros y el día de su boda, cuando recibió dieciséis vacunos como regalo. Su vida transcurrió entre corrales, caballos y viento, con la fe tranquila de quien entiende que la tierra se honra trabajando.

Más al interior de la isla, Dinah Gillies Mac Leay Ensor crecía en la casona verde de 1954, rodeada de turba, mar y la disciplina de las clases en inglés que le daba su madre, siguiendo cursos que llegaban desde Oxford. Estudió en Santiago, trabajó como secretaria en la embajada de Nueva Zelanda, pero eligió volver a los campos de su niñez. A comienzos de los años ochenta tomó las riendas de la Estancia Dinah —bautizada así por su padre— y, pese al machismo encubierto del ambiente, llegó a manejar con éxito unas 4.500 hectáreas y cerca de 9 mil ovejas y vacunos. Desde allí también asumió un rol público, siendo elegida tres veces concejala de Río Verde.

En esa misma estancia encontró su lugar Héctor Velásquez Maldonado, el “Chano”, nacido en Punta Arenas y riescano por

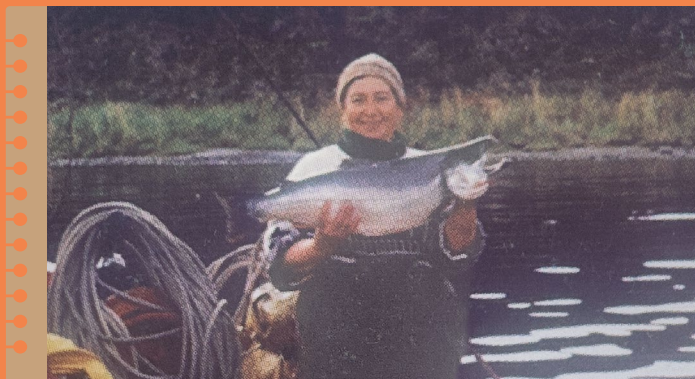
decisión. Amaba las largas cabalgatas y el rastro del puma, conocía la isla como la palma de su mano y repetía que “en el campo nunca se termina la tarea”. Vivió décadas en Isla Riesco, primero en otras estancias y luego como brazo derecho de Dinah, enfrentando turbas, temporales, pumas y zorros colorados. Su lealtad y trabajo silencioso hicieron posible que los planes y decisiones de la estanciera se volvieran realidad en el terreno.

Más cerca del agua que de la pampa, la vida de Miguelina se tejió en los canales. Nacida en Argentina, criada en Chiloé y llegada a Magallanes en los años sesenta, fue patrona y armadora de sus propias embarcaciones en tiempos en que pocas mujeres mandaban en cubierta. Crió sola a sus tres hijos, pescó congrio, merluza y centolla junto a Vicente Jelincic en la lancha La Gordi y convirtió esa nave en un hogar flotante. “Era bajita, pero nunca se rendía”, recuerda Manuel, uno de sus hijos, con la mezcla de orgullo y nostalgia que deja la ausencia.

Ángel en la Rocallosa, Dinah y el Chano en la Estancia Dinah, Miguelina en los canales del Skyring y del Otway: cuatro vidas distintas que hablan del mismo territorio. Entre cabalgatas, faenas de campo, redes de pesca, concejalías y arriadas bajo la nieve, todos ellos ayudaron a sostener y dar forma a Río Verde e Isla Riesco. Hoy sus nombres siguen circulando en las conversaciones, en los caminos y en la costa, como recordatorio de que esta comuna se levantó gracias a la suma de muchas biografías hechas de coraje, trabajo y afecto.



Ángel Morales Mercegué, el mismo hombre que con fe y trabajo fue puestero en Rocallosa y recordaba con orgullo la gran arriada de 1967, cuando condujo cientos de animales desde Natales hasta Punta Arenas.



En la foto Miguelina Oyarzún aparece bajita y firme, con ese gesto de mujer que no se dejaba doblegar. Es la misma que en Bahía York convirtió la lancha La Gordi en un hogar flotante, enfrentando corrientes y temporales, siempre feliz de "estar en el mar y navegar".



En la antigua casona verde de Isla Riesco, la memoria de Dinah Gillies Mac Leay Ensor sigue viva en la cocina a leña, en el jardín que domó al viento y en los caminos de turba que recorrió a caballo. Hija de estancieros y tres veces concejal de Río Verde, rompió moldes al asumir el mando de la estancia en los años ochenta, agrandar el predio y criar miles de ovejas en un territorio extremo. Hoy, su figura permanece como parte del patrimonio de la isla y como símbolo de una mujer que tomó las riendas del campo hasta el final de sus días.



Héctor "Chano" Velásquez Maldonado. Su mirada parece perderse en la turba y los cerros de Isla Riesco. En la imagen queda la estampa de un hombre que amaba el rastro del puma y las cabalgatas interminables, convencido de que en el campo "siempre hay una tarea, nunca se termina".

PERROS OVEJEROS

Whisky, Negro, Pelusa... nombres que se repiten en las estancias como parte del canto patagónico. Son los perros ovejeros de Río Verde: hocico firme, orejas atentas y un pelaje curtido por la nieve. Siguen cada silbido de los campañistas, rodean el piño y lo conducen con precisión, sin pedir más que confianza y un rincón seco para descansar.

“El sueldo nos lo hacen ellos”, dicen los puesteros, y no es exageración. Sin perros, la vida ganadera sería imposible. Incansables, acompañan al arriero en jornadas extensas de 40 ó 50 kilómetros, siempre al lado del rebaño.

La Municipalidad de Río Verde ha reconocido su rol con campañas de vacunación y censos, recorriendo kilómetros de turba y viento para llegar a cada rincón de la comuna. Es una forma de cuidar no solo la salud de los animales, sino también la tradición que sostienen.

En competencias de arreo y fiestas costumbristas, el público aplaude su destreza, confirmando lo que en el campo se sabe desde siempre: que no son ayudantes, sino compañeros de vida.

Bajo la nieve o el sol, en barro o turba, los perros ovejeros siguen escribiendo la historia silenciosa de Río Verde. Una historia donde el rey del campo no es el hombre, sino su perro fiel.



EPÍLOGO

Entre el mar de Otway, el canal Fitz Roy y la geografía áspera de Río Verde, las estancias fueron levantando, a pulso, un mundo propio. Desde la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y los primeros arriendos fiscales, la colonización avanzó entre remates, concesiones y caminos abiertos “a pura pala y picota”, hasta consolidar un archipiélago de predios ganaderos que debieron enfrentar aislamiento, falta de infraestructura y una naturaleza exigente. En ese proceso aparece la figura de José Montes Pello, asturiano avencindado en Punta Arenas desde la década de 1870, que pasó de comerciante a empresario ganadero, con estancias en el interior de Río Verde y la cuenca del Skyring, que ayudaron a fijar población, trabajo y rutas en la zona.

En ese paisaje nacen historias de campos reconstruidos tras incendios, estancias que se electrifican con pequeños windchargers, pistas de aterrizaje pioneras y puentes arrasados una y otra vez por lluvias y deshielos. Historias de familias como los González, Fernández, Limacher-Treuer, Martinich, Concha, McLean, Santelices, Castex, Muñoz y Artagaveytia, entre otros, asociadas a predios que por décadas han sostenido el oficio ovejero y dieron forma a pequeñas polis autosuficientes. Hoy, cuando algunas casas patronales se transforman en emprendimientos turísticos, la historia estanciera de Isla Riesco y Río Verde se reconoce como un patrimonio vivo, hecho de memoria, trabajo y pertenencia al territorio, y queda abierta la puerta para seguir contando, con más detalle, la vida de estas familias y de muchas otras.





Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Gobierno de Chile

Programa Identidad Regional



SEREMI
Región de Magallanes y la Antártica Chilena

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

PROGRAMA Red Cultura



Ilustre Municipalidad de Río Verde

Tierra de Paz y Leyenda